

Comentario al evangelio del miércoles, 7 de febrero de 2018

Queridos hermanos:

Jesús ha comenzado su enseñanza diciendo: **“Escuchadme y entended”**. Escuchar es el gran mandato de la religión judía: *“Escucha, Israel...”* Sólo desde la escucha se entiende y comprende el mensaje de Jesús, porque con los oídos oímos pero con el corazón escuchamos y entendemos. Del corazón brotan las buenas o malas opciones. El corazón es la fuente del bien y del mal. Jesús afirma *“nada de lo que entra en el hombre puede mancharlo. Lo que sale de dentro es lo que contamina al hombre”*. Siempre hemos oído que Dios mira el corazón y lo escudriña, y que comprende las intenciones más íntimas que motivan nuestras decisiones. Frente a Dios nadie puede esconderse.

Es interesante observar: la lista de pecados que enumera Jesús son los que dañan las relaciones con el prójimo: *“malos pensamientos, fornicación, robos, asesinatos, adulterios, codicia, malicia, fraude, desenfreno, envidia, arrogancia, desatino”*. Siempre en las relaciones humanas el criterio principal es el amor. El amor es la regla de oro y el criterio fundamental de todo el obrar humano y cristiano. Como dice Pablo *“a nadie debáis nada más que amor”* y también afirma que el amor es la plenitud de la Ley. Y Jesús nos recuerda que en el amor a Dios y al prójimo está la plenitud de la Ley y los Profetas.

El corazón humano se modela en la escucha de Dios. Este Dios que habla en la historia de hoy, por la Iglesia, en los más débiles e indefensos de la sociedad, en la comunidad cristiana, en las verdaderas necesidades del hombre, en el grito de los sufrientes y oprimidos, en la Palabra de Cristo que siempre nos llama al seguimiento y que nos invita a superar los esquemas que cada uno nos construimos y justificamos. Este Jesús que nos propone ser verdaderos discípulos en la escucha de la Verdad por el camino de la interioridad.

Necesitamos volver a los **“cinco minutos diarios para Dios”**, ese momento donde nuestro corazón, escuchando la voz de Dios, encuentra sosiego, paz, fuerza y ánimo para poder dar a los demás lo mejor que hay dentro de nosotros mismos.

José Luis Latorre, misionero claretiano
